

CARA DE LUNA

Cecilia Roggero

Cuando la vimos por primera vez a la hora del ingreso al colegio nos quedamos perturbadas por su belleza. Sarita tenía la cara redonda como la luna llena, el pelo muy oscuro, retinto, y los ojos azules inmensos. Era menuda pero muy bien formada, ya tenía un busto definido, una cintura muy fina y sólidas caderas. Miraba el infinito, un paraíso que la hacía sonreír mostrando unos dientes blanquísimos y perfectamente ordenados. La falda del uniforme la llevaba un poco más alta que las nuestras y pudimos ver sus lindas piernas debajo de las gruesas pantis que entonces usábamos a pesar del calor de Abril.

-¿Y esa? Le pregunté a Julia mientras hacíamos fila por los pasillos.

-Es la nueva, se llama Sarita.

Cuando entramos a la clase, la vi un tanto confundida mientras la madre Sobella rezaba la oración al Espíritu Santo encomendándonos. Cuando terminó de darnos las indicaciones de cómo debíamos comportarnos durante su clase de matemáticas, la madre Sobella la hizo pararse delante de la pizarra y nos dijo: Niñas, tengo el gusto de presentarles a Sarita Seminario, viene de Piura, espero sepan darle una adecuada bienvenida.

Sarita se puso roja y sonrió. Murmuró entre dientes un “mucho gusto” y corrió a su sitio con el deseo de que dejásemos de mirarla.

Cuando sonó la campana que anunciaba el cambio de clase la rodeamos. Habíamos escuchado que los chicos piuranos eran guapísimos y encantadores ¿tienes hermanos, primos, amigos que vendrán a Lima? Era hija única y estaría en el colegio solo unos meses porque después iría a vivir a Paris, habían nombrado a su papá agregado naval. ¿A París? ¡Qué maravilla! ¡Quien como tú! ¿Qué es eso de agregado naval? ¿Podremos ir a visitarte? Claro, nos dijo, ya las imagino a todas en mi casa de Paris, y se rió fuerte, con ganas, con una risa contagiosa.

Julia, Sarita y yo nos volvimos inseparables.

Sarita vivía muy cerca de mi casa y ella convenció a su chofer de que pasase a recogerme todas las mañanas, en el camino conversábamos mucho de religión, su mamá era religiosísima pero ella tenía sus dudas. Mi papá no va a misa, yo le confesaba, dice que tiene dispensa papal porque sufre de la columna, pero la verdad es que se aburre muchísimo y prefiere quedarse en cama leyendo.

Después del colegio -salíamos a las cinco y media- venía a mi casa y jugábamos ping pong y llevábamos a los perros a pasear al parque. Muchas tardes miramos a Paris en el mapamundi y soñamos juntas con esa ciudad esplendorosa.

Le presenté a Fernando, a Marcos, a Chaly y a Quique, y si bien en un primer momento se ponía roja de pura impresión al cabo de un rato conversaba con mucha desenvoltura contándonos su vida en Piura en donde todas las noches se reunían a tocar guitarra y cantar sin parar. Todos se morían por ella, uno que otro se le declaró pero ella les dijo que muchas gracias pero que se iría a Paris antes de fin de año y que no quería ningún compromiso. Yo ya la imaginaba caminando de la mano con un chico francés por las calles de Paris. Su casa era ordenadísima y en la sala tenían a la Virgen de las Mercedes a la que siempre le ponían rosas. La mamá nos hacía arrodillarnos y rezar el rosario. Me gustaba mirar a Sarita rezando aparentemente muy concentrada con los ojos casi cerrados pronunciando las avemarías con devoción.

Un día no me vino a buscar y tuve que irme a pie al colegio. No me había avisado y apenas se acabaron las clases fui a su casa a ver lo que le pasaba.

Está dormida, me dijo su mamá, tiene fiebre. Ven mañana después del colegio que le gustará que la visites.

Al día siguiente pude verla, estaba en la cama y la fiebre no le bajaba. Con los cachetes enrojecidos y la mirada suspendida se la veía preciosa. Su mamá me pidió que rezáramos juntas un “Dios te salve” para que se sanase.

Julia y yo fuimos todos los días con ganas de verla pero ya no nos dejaron pasar.

Sigue mal, nos decía la mamá, no sabemos lo que tiene, hay que esperar a ver lo que dicen los análisis.

La mamá de Julia dijo que Sarita tenía pancreatitis una enfermedad de la que es muy difícil sanar.

El último día que la vimos llegamos justo cuando la sacaban en una camilla para llevarla en ambulancia a la clínica. Estaba muy pálida. Vimos a su papá, un señor muy alto y fuerte vestido de marino.

La madre Sobella esperó a que terminásemos el examen para poner cara de circunstancias y decirnos con voz quebrada: Acaban de avisarme que su compañera Sarita nos ha dejado esta mañana, ahora está en el cielo. Les pido una que ofrezcan sus oraciones del día por ella.

Era la primera vez que se moría alguien que yo conociese. Mi mamá no quería que fuese al velorio porque me iba a emocionar pero yo estaba decidida, quería acompañar a Sarita.

Verla en el ataúd blanco en medio de la sala fue impresionante. Su cara redonda como luna llena sonreía plácida. No existía en su rostro ninguna expresión de dolor, ni de pena por haberse perdido la vida. ¿Se iría así no más sin despedirse, resignándose a no conocer París? Parecía que en cualquier momento se levantaría y me llamaría por mi nombre: Lucero ¿vamos a jugar?

En el extremo de la habitación Julia compungida miraba el vacío. Los chicos del barrio llegaron en grupo hablando fuerte pero al ver a Sarita se quedaron en silencio, tristes.

La virgen de las Mercedes adornada con rosas blancas vigilaba la escena.

Estuve a su lado hasta que se la llevaron al cementerio. Me quedé sentada en la grada de su casa cubierta de flores rotas y pisoteadas, imaginándola en París, debajo de la torre Eiffel.

Al cabo de unos años llegué por primera vez a París. Era invierno, llovía. La ciudad me pareció preciosa, mejor aún a cómo la había imaginado desde que escuché decir a Sarita que era la más bella del mundo.

COMENTARIO:

Hay varios aspectos muy destacables en la narración de Cecilia, entre otras cosas, la buena forma que tiene de encarar el cuento en tan poco espacio, sin que se noten las costuras ni la dificultad de presentarnos a Sarita con todo lujo de detalles. Mejor dicho, la vida de Sarita. Así, con unas pocas líneas estamos inmersos en la historia de esa niña que viene de Piura, tiene un padre que es agregado naval, y cuyo futuro trunca una innominada enfermedad: ya no verá París. Ya no la visitarán sus amigas en aquella ciudad, tal como lo menciona la narradora en los últimos párrafos. Sin embargo, nos parece que para que sea redonda la historia —aunque ese no era el objetivo de la propuesta que hicimos, es cierto...— quizá nos falte intuir desde el inicio que la niña tiene alguna enfermedad, padece de algún mal. ¿Por qué? Pues porque de lo contrario la historia queda así como un poco arbitraria. La ficción requiere un rigor y una inevitable causalidad: nada es gratuito, nada es azaroso en su composición. Falta pues, la relación causa —efecto entre la muerte de la niña y la visita de la narradora a París... dicho esto, deberemos insistir en que no habíamos pedido un cuento, sino una pequeña descripción. Lo que ocurre es que el texto de Cecilia está muy bien contado y nos tomamos la libertad de analizarlo como cuento, por si ella desea luego seguir trabajándolo. En cuanto a la descripción de Sarita nos parece que está bastante bien, ¿verdad? Pero quizá se queda muy al principio y se descuelga de la narración, cuando —ahora sí— era lo más importante en el texto, pues se trataba del ejercicio. ¿Qué ha ocurrido? Que la descripción de Sarita, al no mantenerse ni dosificarse a lo largo del

relato, parece un simple elemento anecdótico, cuando debería haber sido lo más importante. Creemos que es de fácil solución: si desde la primera hasta la última página la narradora testigo nos va contando poco a poco los atributos de la niña, quizá sea más fácil para el lector quedarse con la idea de su belleza, de su carisma, de su personalidad. Esto vale para la belleza como para cualquier elemento que ustedes quieran resaltar: la bien medida dosificación, la oportuna insistencia en aquello que queremos que destaque en nuestro relato, es un elemento clave para conseguir nuestro objetivo.